



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Eurasia: diversidad de los conceptos de guerra y paz
- Autor: Alberti, Arnaldo
- Forma sugerida de citar: Alberti, A. (1998). Eurasia: diversidad de los conceptos de guerra y paz. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 99-104.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XII, Núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Eurasia: diversidad de los conceptos de guerra y paz

Por Arnaldo ALBERTI
SEC, Italia

BUENA PARTE DEL PROBLEMA que estamos debatiendo aquí se encierra en aquel adjetivo felizmente introducido por la secretaria general de la Sociedad Europea de Cultura en la primera de sus preguntas, a las cuales, en sustancia, tiene que responder este Coloquio a través del diálogo.

¿Cómo se tiene que ver hoy el caso europeo respecto del deseado estado de paz irreversible?

El concepto de irreversibilidad aplicado a la paz se presenta, en una primera traducción, como equivalente de la expresión de Umberto Campagnolo “una paz que no tenga como alternativa la guerra”.

Campagnolo puso al descubierto desde entonces el lenguaje occidental, ciertamente culpable no casual de no poseer un término propio para expresar un estado de paz específico, autónomo, independiente de otros estados o situaciones sociales o internacionales. Se desprende, en consecuencia, que el pensamiento y la cultura occidentales no han sabido, hasta el momento, concebir y elaborar una paz, o un estado de paz, que sea irreversible y, por lo tanto, absoluto. Verdadera paz, o sea, absoluta, libre de toda atadura lingüística, y por ello conceptual, de cualquier otro término y concepción. En resumen, una paz que no se presente como endiádis de la guerra. Por lo tanto, la invitación que Umberto Campagnolo hizo a concebir “une paix qui n’ait pas pour alternative la guerre”, incluso, o precisamente, fuera del contexto histórico en el que fue formulada, encuentra hoy, más que nunca, toda su fuerza proposicional de naturaleza filosófica, política y ética.

Ciertamente, la conexión *guerra y paz*, como pareja inseparable y alternativa, como contrarios gramaticales consolidados en todas las lenguas de Occidente, parecería haber encontrado una legitimidad propia desde la más remota cultura romana (*si vis pacem para bellum*), de modo que la paz, de hecho y por concepto, no querría significar otra cosa que un “intervalo entre dos guerras”.

Indudablemente, en el curso de los siglos se ha verificado una constricción lingüística de los dos términos hacia un único concepto bipolar.

Pero originariamente las cosas no eran así y estos conceptos y valores lingüísticos no son válidos en toda la ecumene, especialmente en toda Eurasia. Precisamente el ejemplo de la Eurasia lingüística nos puede ayudar a encontrar otras soluciones válidas, podríamos decir más apropiadas y fieles traducciones de la perífrasis de Campagnolo: otras lenguas y civilizaciones euroasiáticas pueden darnos una respuesta conceptual plena a la irreversibilidad como atributo intrínseco de la paz.

Decimos desde ya, a pesar de su trivial apariencia, que nunca en la historia lingüística el concepto de paz ha aparecido estrechamente conectado al de guerra.

Reconsideremos, por un momento, la voz de la que deriva *la paix*, aquella “paz” de la invitación de Campagnolo. La latina *pax*, *pacis* está claramente relacionada con el verbo *paciscor*, *pactus sum*, *pacisci*, “fijar un acuerdo, hacer un pacto, una convención”. La paz es, pues, en la cultura romana clásica, algo que es objeto de pacto, de convención, de mediación. En resumen, el producto de un acuerdo, y consecuentemente frágil. Así pues, el exacto contrario de *irreversible*, de paz que no está sujeta a ajustes y mediaciones.

La paz entre los hombres y las naciones no ha sido nunca percibida en la cultura clásica latina como un estado o una condición propia del espíritu y del vivir social. Por lo demás, la creación misma de un Estado, el trazar confines, cercados o empalizadas, forman una unidad con la puesta en marcha de un estado de hostilidad. Se construyen murallas siempre *contra* alguien. Cambiando, con meras intenciones heurísticas, el concepto de ciclo histórico-cultural de la amplia teoría de Ratzel-Frobenius, podremos decir que los romanos, y quizá algo menos los itálicos, hemos tenido desde siempre una clara vocación étnica por la “ciudad”. Ellos expresaron su genio y su misión histórica construyendo ciudades, en el progresivo establecimiento de las urbanizaciones y de los cercados, de todo tipo y extensión.

Había orgullo en el decir “*civis romanus sum*”; nunca, diciendo “*agricola*” o “*colonus*”, “*agrestis*”, “*rusticus*”, “*paganus sum*” (había posibilidad de elegir). Es más, estos términos han acabado por recubrirse de tonos marcadamente ofensivos. Y tampoco es casual que el primer conflicto intestino romano, el conflicto fratricida entre Rómulo y Remo, se produjera trazando los confines de

una ciudad, la Urbe. En realidad, el confín contiene el germen y el concepto de *guerra*.

Bellum viene de *dvellum* y nos conduce a una raíz *dau-dev-*, de la cual el griego *daio*, “incendiar” y *dalós* “pedazo de madera ardiente”. Esto demuestra, una vez más, que los diversos términos y conceptos para designar la guerra y la paz no han tenido en su origen nada en común. De la misma manera que un incendio o un tizón ardiente tienen muy poco que ver con un acuerdo o con un pacto.

Recordemos también que *guerra* deriva del medio-inglés *werre*, con el significado de “combate”, “tumulto” como bien demuestra el alemán moderno *verwirren*, “turbar el orden”. *Guerra* tendría pues como su legítimo antagonista el *Ordnung* y no la paz que, continuando con el germánico, nos lleva a *fritha*, que está relacionado con “gozar”, “ser libres”, “amar” (Freya es la esposa del dios Wotan y su nombre quiere significar “la que pertenece al amor”) e incluso “amigo”. Pero tampoco con este último significado, que de todas formas es muy posterior a los precedentes, el término se prepara a constituir la pareja de contrarios con *guerra*.

Una discusión aparte merece el desplazamiento al eje *Krieg*, una palabra ligada al concepto de “ser que pesa”, de “fuerza”, “mostrar la propia fuerza”.

Así pues, Occidente no ha sabido desarrollar un concepto de paz, un término que exprese un estado, una institución autónoma de paz. Intentemos desplazarnos a oriente, visto y considerado que por *Eurasia* entendemos el despliegue de las culturas occidentales (romano-germánicas) hacia el este, para alcanzar las culturas turcas y mongolas de Asia Central y las de toda Siberia. Entre éstas actúa como bisagra y vehículo de transporte la gran cultura eslava, particularmente la rusa.

Deteniéndonos en Grecia, encontramos que la *paz* griega se encuentra sustancialmente en las expresiones verbales que la expresan: *eiréne* está fuertemente unida al verbo *eiro* “digo” por una raíz *uer* que ha generado también el germánico *Wort*, *word*.

Muy diverso también es en griego el origen de la palabra *guerra*, *pólemos*, a conectar con el verbo *pelemizo* “sacudir”, por lo tanto “sacudida”, que se verifica en el enfrentamiento. Pero el verbo es también “sentir” (de él derivan formas como *fuehlen*, *to feel*, el latino *palpitus* e, incluso, la palabra *palpebrae*). De ello emergería una sutil e insanable oposición originaria: a) la “paz”, una abstracción sólo proclamada, dicha (*eiro*), la pretendida definición (y por

eso mismo “absolutización” y delimitación, a la vez) de la “verdad”; b) la “guerra”, una concreción, que es percibida por todos con los propios sentidos. ¿Cómo no ver en esto la confrontación, el choque entre la filosofía occidental del *logos*, de *les raisons de la raison*, obsesionada siempre y sólo por la necesidad de *decir*, *proclamar* lo verdadero, y la filosofía del sentimiento, de la tolerancia de los contrarios, de *la raison du coeur*, dispuesta a aceptar múltiples verdades, aunque opuestas, en contraste, en *guerra*, entre ellas?

Para encontrar una sustancial conexión entre los dos términos, es necesario remontarse, en el terreno lingüístico del indoeuropeo, al sánscrito, y hoy al hindi, que expresan los conceptos de *paz* y de *guerra* en una precisa antinomia. La *santi*, *paz* viene, en efecto, de una raíz indoeuropea, *kem*, “estar cansado, debilitado” (compárese con el griego *kemmo* “cansarse”), de manera que la *santi* es la tranquilidad, la ausencia de pasiones, la indiferencia por lo que causa dolor o placer. En resumen, una especie de cansancio después de la lucha, mientras que la *guerra* es *yudh*, “movimiento violento, lucha excitada” que viene de una raíz *ieudh* que está en la base, por ejemplo, del latino *jubeo*, *jussi*, *justum*, que originariamente significaba, al igual que *pelemizo*, “ponerse en marcha, agitarse” y por lo tanto “impartir órdenes a alguien”, “mandar”. Es una clara confirmación el sustantivo *juba* “melena, cabellera” como resultado evidente del desorden del físico. Una consideración sobre el verdadero significado latino de *justus* y *iustitia* nos llevaría lejos en la discusión, pero nos acercaría mucho a la comprensión de cuanto estamos diciendo.

La posible conexión entre nuestros dos términos *paz/guerra* en sánscrito no debe sorprender, si se considera la mayor cercanía de esta lengua al originario espíritu militarista de las ancestrales poblaciones indoeuropeas.

Hemos trazado antes un hipotético confin de Eurasia en el este, diciendo que no podía comprender también la Mongolia exterior, o por lo menos las poblaciones mongólicas de la Siberia meridional y del Asia Central, que se han visto durante muchos decenios, algunas desde hace siglos, influidas por la cultura rusa y ruso-soviética, pero que sienten sobre todo una fuerte atracción por una cierta cultura occidental europea, especialmente alemana y francesa, siempre mediada, precisamos, por aquella línea divisoria de culturas que es Rusia. Y bien, en mongol clásico, pero también en khalka, buriato y calmuco, para indicar la *guerra* existe el mismo

concepto, *dain*, que se encuentra también en lenguas occidentales, es decir “atacar, ir al ataque”, concepto típico no de guerra humana sino de persecución de la presa, propio de la cultura de los pueblos cazadores. Por el contrario, para decir *paz* encontramos dos raíces distintas. La primera, *amolgholang*, que expresa un sentimiento estable y nos conduce al concepto de “concordia, sentir al unísono, con un solo corazón”; la segunda, *nairamdak*, expresa carácter transitorio, la “paz después de la guerra”, casi la traducción de la definición más cínica de *paz*, precisamente el contrario de la *paz* deseada por Umberto Campagnolo, pero, desgraciadamente, también la auténtica traducción de las tantas especies de “paz” que el Occidente ha sabido ofrecer desde hace dos mil años. Una *paz* que *tiene* siempre como única alternativa la guerra. ¿Y cómo no recordar aquí la *pax mongolica*, impuesta en el siglo XIII en casi toda la ecumene por el gran khan Ogotay, hijo iluminado del no menos sabio Gengis (Chinguis) Khan? Paz caracterizada sobre todo por la absoluta tolerancia religiosa e ideológica del imperio central mongol hacia las confesiones religiosas y las culturas de los pueblos conquistados.

Cuanto se ha dicho respecto de las lenguas mongólicas vale, sintetizando, también para las turcas.

Dos conceptos diversos de *paz*, frente a sólo uno que designa *guerra*, pero totalmente desconectado de los primeros, se encuentra también en las lenguas ugrofinicas, otro significativo puente entre las culturas del Oeste y del Este. Citaremos, para todas aquellas estonias *rahu*, “paz”, “calma”, “tranquilidad” y *rabul*, “la paz que se encuentra tras haber sido de cualquier manera satisfechos”, así pues, una *paz* que no prescinde de una condición favorable, sin la cual la *rabul*, el *rabul olema* “el estar satisfechos” no subsistiría.

Y llegamos, para concluir rápidamente nuestro excursus, a la “paz” y “guerra” de los eslavos, bisagra de la Eurasia. Hablemos enseguida de *voin*, *voina*, “guerra”, a conectar con el lituano *vejù*, *veti*, “cazar, perseguir”, pariente del antiguo indio *véti* “perseguir, pretender algo” e igualmente estrecho pariente del, para nosotros más familiar, latino *venor*, *venári*, “cazar”, que se asocia a la cultura de los pueblos cazadores ya recordada. Decididamente más importante y determinante, verdadero *porro unum* de nuestra intervención, es el término eslavoruso *mir* “paz”, pero también “mundo”, “pueblo que lo habita”, “concordia” (recordemos el mongólico *amolgholang*) y también, finalmente, “comunidad agraria, unidad de medida agraria”. Un término inmenso, como el mundo, autén-

tica síntesis etnográfica de una civilización agraria, la antigua eslava, totalmente pacífica, en la que la unanimidad en las decisiones era la norma, donde la absoluta comunidad de bienes en el trabajo y en la diversión no provocaba conflictos, donde en una pequeña porción de tierra se podían experimentar la totalidad de los sentimientos en absoluta anacronía, y en total ausencia de contrastes internos (excepto, claro está, de aquéllos estrictamente personales), verdadera Arcadia. La nuestra no es una idílica representación del *mir* ruso-eslavo, sino el informe de los resultados de una precisa reconstrucción etnológica de la antigua civilización eslava, y en particular de sus instituciones materiales, que eran a la vez también sociales y espirituales. El *mir* es la verdadera traducción socio-espiritual de la “paz que no tenga como alternativa la guerra”. Indica un camino a recorrer, fuera de cualquier utópico retorno a la Edad de Oro. El *mir*, junto con la *pax mongolica*, nos demuestran que la paz irreversible tiene como presupuestos la superación dialéctica, o sea, por medio del diálogo, de todas las controversias que puedan nacer dentro de una comunidad; la absoluta tolerancia de todas las ideas sociales y filosóficas y de todas las creencias religiosas mientras no tiendan a la destrucción de la propia comunidad. En tal caso, es necesario el pacífico alejamiento del disidente, cerca del cual, sin embargo, siempre puede actuar la obra constructiva y unificadora de los pacificadores. ¿Y no es ésta la tarea, la aspiración de una sana política de la cultura, como es la que está elaborando desde hace casi cincuenta años la SEC?

Traducción del italiano de Luisa Ibáñez Pelechá